

CON LICENCIA DEL ORDINARIO



Imp. M. Manáut, Salinas, 16

FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ



CAPÍTULO PRIMERO

RAZÓN DE ESTE ESCRITO

I

Numerosos como los átomos del aire, funestos como los miasmas de pestilenciales pantanos, circulan en la Europa moderna errores de todo género. Solo en los peores tiempos del paganismo se ha visto una cosa semejante.

Estos errores alcanzan hoy su última fórmula.

Racionalismo, Panteísmo, Materialismo, Ateísmo, Naturalismo, Cesarismo, Sensualismo, Positivismo, Socia-

008134

lismo, Solidarismo, Espiritismo; su solo nombre espanta.

II

La palabra, las artes y la prensa les propagan con una actividad sin ejemplo. Estos prodigiosos medios de comunicación, desconocidos en los siglos anteriores al nuestro, parecen no haber sido invitados sino para servirles de vehículos más rápidos y más variados. Mil carros de fuego parten todas las noches de París, Londres, Viena, Berlín, Madrid, de las grandes y de las pequeñas capitales, llevando cargamento de emponzoñadas doctrinas, que dejan en todos los lugares por donde pasan.

III

A la mañana siguiente, todos estos productos de delirantes cerebros, caen en multiplicadas formas sobre la Europa, como las nubes de asoladoras

langostas en el suelo africano; en libros, periódicos, revistas, piezas de teatro, folletos, opúsculos, canciones, grabados. Algunas horas después, han penetrado en todas partes. Les encontráis en los salones del rico y en el cuartucho del pobre; en los cafés, en las tabernas, en los talleres, hasta en los campos, bajo la choza del labrador, destilando su veneno en las almas, y llegando á ser el Evangelio de los pueblos.

IV

¿Y cuáles son los resultados de esta propaganda universal é incesante? La vista de lo que sucede lo manifiesta en parte.—¿Qué sucede? Estos monstruosos errores producen en el hombre civilizado lo que el *licor de fuego* en el salvaje. Fuera del Catolicismo el hombre no se conoce á sí mismo en la actualidad. No sabe quién es, de dónde viene, ni á dónde va. No sabe á dónde dirigirse; no sabe mantenerse

firme en el camino de lo justo y de lo verdadero; no sabe mandar, ni obedecer, ni amar, ni orar, ni sufrir, ni morir.

V

No teniendo poder para afirmar nada, toda su ciencia está en negar. Todo lo niega: niega á Dios, niega la Providencia, niega la Biblia, niega á Jesucristo, niega la Iglesia, niega al Papa, niega el alma, niega el derecho, niega la autoridad, niega la propiedad, niega la familia, niega la distinción esencial entre el bien y el mal, niega el presente, niega el porvenir, se niega á sí mismo.

VI

En semejante disolución de toda creencia; en medio de esta confusión de Babel y de las espantosas tinieblas de una noche cada vez más oscura; á través de esta incesante granizada

de rayos inflamados; en el seno de esta atmósfera profundamente corrompida entre tantas escandalosas defecaciones; en una época, en fin, en la que Satanás hace jugar contra el cristiano todos sus arietes con un empuje, con una destreza y con un vigor sin ejemplo, apareciendo preparar una nueva caída á la humanidad; en medio de circunstancias semejantes, tiene que vivir el cristiano en el siglo diecinueve.

VII

Para el cristiano, vivir es conservar su fe, íntegra, activa, inquebrantable.

¿Cómo realizar este milagro?

¿Cerrando los ojos para no ver, y los oídos para no oír? Imposible.

¿Refutar uno á uno, con el pensamiento ó con la palabra, los innumerables errores que le cercan y que cada día cambian de máscara? Imposible.

VIII

Hay que convenir en que una situación semejante inspira miedo y compasión.

Compasión y miedo, ante todo, por las generaciones jóvenes, que no pudiendo comparar lo presente con lo pasado, se adormecen confiadas con la idea de que el mundo está en su estado normal, y que los peligros de hoy no son ni más grandes, ni más numerosos que los peligros de ayer.

Confusión y miedo, por el cristiano débilmente instruido en las cosas religiosas, y enteramente embebido en las preocupaciones terrestres.

Confusión y miedo, por todos, porque según muy fundadas apariencias, lo que estamos viendo es solamente el principio de los dolores.

IX

¿Qué hacer para salvar á los que todavía quieren salvarse?

Procurarles un refugio; un refugio seguro y abierto á todos; un escudo fácil de manejar y á prueba de las mejores armas del enemigo, ó una ánora de misericordia que mantenga inmóvil la nave en medio de las agitadas olas, y la preserve del terrible naufragio en que tantos otros han perecido y perecerán.

¿No es indudablemente en la actualidad, semejante servicio, la primera de las limosnas, la más urgente de las necesidades?

X

¿Cuál será este refugio, este escudo, esta ánora de salud?

¿El razonamiento?

Nó.

En un siglo en que reina el sofisma, el razonamiento tiene muy poco valor. Con el escalpelo en una mano y el apagador en la otra, el primer sofista que se presente combate vuestros más sólidos argumentos. Les desfigu-

ra, les diseca, les desnaturaliza, les elude y concluye por entregarles á las risas de la multitud ignorante é ilustrada.

¿Qué hace falta, pues?

¿Hechos?

¿Pero de qué naturaleza?

Hechos que por una parte ofrezcan al cristiano, asaltado por la duda, un abrigo inexpugnable, y que por otra, envuelvan al campeón del error en un círculo que no tenga otras salidas que la FE ó la LOCURA.

XI

En vez de un número considerable de hechos, sería indudablemente mejor tener solamente algunos. Si pudiera bastar uno solo, esto sería la perfección.

Pues este hecho existe; y sobre este único hecho se asienta inmóvil, como una ciudad edificada en la roca, el CREDO del cristiano.

En su inmensidad llena el mundo, y se impone por sí mismo á la fe de la humanidad.

Luminoso como el sol, no exige para ser comprendido razonamiento, estudio, ni fatiga; sólo pide ojos.

Inflexible como un axioma de geometría, no deja subterfugio alguno al error.

Inquebrantable como las pirámides del desierto, es un fuerte castillo, desde el cual el joven cristiano de quince años, puede desafiar todos los ataques del sofisma, sea cualquiera el cerebro que le engendre, los labios que le expresen, y la pluma que le escriba.

Terrible como un ejército dispuesto en orden de batalla, ha sido siempre, es todavía, y será eternamente la pesadilla del incrédulo.

¿Qué hecho es este?

Vamos á decirle.

CAPÍTULO II

El gran hecho

EL MUNDO ADORA Á UN JUDÍO CRUCIFICADO

I

Este es el hecho.

El creyente y el incrédulo se encuentran igualmente en presencia de este gigante del mundo moral sin poder evitarlo.

Para comprender el valor de este hecho abrumador, es necesario descomponerle, y estudiarle pieza por pieza, en sí mismo y en sus consecuencias.

II

EL MUNDO. ¿Pero qué mundo? Es el mundo de la ilustración y de las luces. Es la Europa, la América, la

parte inteligente de la Asia y del Africa. La patria de todos los grandes hombres y de los grandes pueblos; la tierra que alimenta el genio, la ciencia, la literatura y las artes. En una palabra, es, sin duda alguna, la parte más ilustrada, la sola ilustrada del género humano, la menos dispuesta á dejarse seducir por la impostura y dominar por las preocupaciones.

III

Este mundo ADORA. ¿Qué quiere decir esto? Quiere decir, que cree con una fe inquebrantable que un judío crucificado es Dios, Criador del mundo, Moderador de los Imperios, Eterno, Omnipotente, Juez supremo de vivos y muertos.

En consecuencia, le tributa un culto soberano, y se lo tributa á él solo. A él levanta templos y ofrece sacrificios. Hacia él solamente hace subir sus votos y sus acciones de gracias. En él solo pone su confianza, y de solo él

espera todos los bienes. Para él solo es su amor; amor manifestado por sacrificios de todo género, hasta los más costosos á la naturaleza.

IV

UN JUDÍO CRUCIFICADO. El objeto de este culto universal, entusiasta é invariable de la parte más escogida del género humano, es un Judío crucificado. ¿Y qué es un judío? En la época en que vivió el Judío adorado, Jesús de Nazareth, los judíos eran el ridículo del resto del mundo. Bajeza, ignorancia, superstición, doblez, eran sinónimos de su nombre. La prueba está en los autores paganos Cicerón, Horacio, Tácito, Suetonio y Marcial.

Lejos de modificar la opinión en su favor, el tiempo la ha hecho más hostil. De ridículos, los judíos han llegado á ser odiosos. Durante diecisiete siglos, el judío ha estado cercado en las ciudades cristianas, como un enemigo

peligroso é impuro. No hace ochenta años que en Francia se leía en las verjas de algunos paseos públicos: *Se prohíbe la entrada á los judíos y á los cerdos*. En África, el árabe mahometano puede todavía insultar impunemente al judío, arrancarle la barba, herirle y escupirle al rostro.

La emancipación moderna ha sido impotente para cambiar esta antipatía universal. Ha podido hacer del judío un ciudadano; pero jamás hará un francés, un inglés, un alemán, un español. Aun cuando sea ante la ley igual á los demás habitantes, no lo es en la estimación pública. Adquiere ésta á proporción que deja de ser judío. Es esto tan verdadero, que aun hoy, para caracterizar con una sola palabra á un traidor, á un embustero, á un usurero, se dice: *es un judío*. Los mismos judíos se avergüenzan de llevar este nombre: tan envilecido le ven, y prefieren llamarse Israelitas.

V

Jesús Nazareno no es solamente un judío, es un Judío *crucificado*. Cuando él la sufrió era la crucifixión el suplicio más ignominioso. La cruz era el suplicio de los esclavos, ladrones, asesinos y sediciosos. Estaban pendientes de ella, hasta que morían de hambre, de sed ó de dolores; después de muertos, su cuerpo era pasto de los perros y de los cuervos.

VI

Así que, decir judío crucificado, es decir todo lo que hay de más vil entre los más viles, lo que hay de más maldito entre los malditos, de difamado entre los difamados, el oprobio del populacho y la escoria de las naciones.

Al adorar, pues, el mundo, y el mundo civilizado, á un Judío, es á la vez autor y testigo de un hecho que traspasa los últimos límites del absurdo.

UN GUSANO DE LA TIERRA SOBRE LOS ALTARES DEL GÉNERO HUMANO (1).

Este es el hecho.

CAPÍTULO III

Historia de este hecho

I

¿Cuándo y cómo se ha verificado el extraño fenómeno que tenemos ante los ojos?

Este hecho tuvo lugar hace dieciocho siglos. El mundo actual lo proclama mil veces cada día. Siglos, años, acontecimientos históricos, tratados de paz ó guerra, contratos civiles, transacciones comerciales, cualquier acto de la vida pública ó privada, todo se fecha desde él. ¿No sería más insensato negar el sol, que negar este primer hecho?

(1) Vermis et non homo. Ps. XXI. 7.

Hace dieciocho siglos, el mundo entero, excepto los judíos, adoraba millones de divinidades. Negar este segundo hecho, es menos imposible que negar el primero.

II

Para destronar estos millares de dioses y sustituirles en el culto del género humano el Judío crucificado, fué preciso, ante todo, destruir el judaísmo y el paganismo; se trataba de declarar la guerra á todos los pueblos y de atacarles en lo que hay de más sagrado en el fondo del corazón humano: el sentimiento religioso.

Y este era tanto más fuerte en los judíos y paganos, cuanto se confundía con las preocupaciones más halagüeñas para el espíritu nacional. Todos creían inviolablemente unidas sus constituciones políticas á la conservación de su religión.

III

Con la historia en la mano demostraban los judíos que las prosperidades y los reveses de su nación habían dependido siempre de su fidelidad ó infidelidad á Jehová.

Bajo la fe de sus oráculos, consideraba Roma, la señora del mundo, al culto de sus dioses como causa de sus victorias y prenda de la duración eterna de su imperio.

De manera que bajo cualquier aspecto que se la considera, la empresa es un conjunto de dificultades, más grandes las unas que las otras.

CAPÍTULO IV

Primera dificultad

DESTRUIR EL JUDAÍSMO

I

La empresa presenta dos fases: la de destrucción y la de reconstrucción. Abolir la religión de los pueblos y sus-

tituirla con otra: doble aspecto bajo el cual debe estudiarse esta inmensa revolución.

Con relación al resto de la humanidad, los judíos constituían un pequeño número: pero tenían á su religión una adhesión *muy viva, muy fundada y muy interesada.*

II

Adhesión muy viva. Hacia muchos siglos que estaban completamente curados de su inclinación á la idolatría. Por no renunciar á la ley de Moisés, habían sufrido de parte de los reyes Sirios el pillaje, la devastación, vejaciones y todo género de malos tratamientos. Gran número de judíos dirigidos por Matatías y sus hijos, derramaron su sangre en los campos de batalla en defensa de la fe; otros, como Eleazar y los Macabeos, la habían confesado valerosamente ante los tiranos, y antes que abjurar de ella, pre-

frieron morir en medio de los más atroces suplicios.

III

Adhesión muy fundada. El judaísmo era la religión verdadera. Tenía al mismo Dios por autor, á los Patriarcas y Profetas, gloria de la nación, por intérpretes, á los judíos por sus únicos depositarios. Jerusalén era la ciudad santa por excelencia. Su templo era el único santuario del mundo en que el verdadero Dios acogía las adoraciones de los hombres y daba sus oráculos. Una larga serie de prodigios servían de fundamento á esta religión. La fidelidad de los hijos de Israel á esta ley bajada del cielo, había sido el origen de innumerables bendiciones. Les había merecido el aprecio y la consideración de los más orgullosos conquistadores, y era la causa de su superioridad sobre los demás pueblos.

IV

Adhesión muy interesada. La falsa interpretación dada por los fariseos á las profecías, halagaba de tal manera el orgullo nacional, que había llegado á ser la base de sus esperanzas. Con una insistencia fanática esperaban los judíos un Mesías conquistador, que les sacaría del yugo odioso de los gentiles, que pondría en su mano el cetro del universo y haría reaparecer con nuevos resplandores los hermosos días del reinado de Salomón.

V

Había, por tanto, necesidad de persuadirles que la interpretación farisaica de las profecías era un error; que su esperanza de un Mesías conquistador era una quimera; que su religión era una sombra vana, que iba á desaparecer ante la realidad; que su título exclusivo, hasta entonces, de pueblo de Dios, debía ser común á los demás pueblos.

Había necesidad de persuadirles que su odio y desprecio hereditarios á los gentiles eran sentimientos culpables, que debían ser reemplazados por un amor de hermanos sin restricción ni reserva. En consecuencia, tenían que abandonar la observancia de la ley de Moisés que les prohibía todo comercio religioso con los gentiles, y bajo pena de condenación eterna, adorar con ellos, en un mismo templo y con un mismo culto, á un hombre procesado, condenado, ajusticiado de común acuerdo por ellos y por los paganos como un gran malhechor, y reconocerle por el único Dios del cielo y de la tierra.

CAPÍTULO V

Segunda dificultad

DESTRUIR EL PAGANISMO

I

Los paganos no se mostraban menos apegados que los judíos á su reli-

gión. Para elevar esta adhesión á su más alto grado, el interés de las pasiones se unía al sentimiento religioso. Lejos de reprimir, halagaba el paganismo las más queridas inclinaciones del hombre degradado. La inteligencia no estaba obligada á encorbar su orgullo bajo el yugo de misterios impenetrables. Ninguna autoridad le obligaba tampoco recibir, como regla de su creencia, aquello que quería rechazar.

II

La moral del paganismo no era más severa que el dogma. Dejaba al corazón perfectamente libre en sus afecciones. No solamente se permitían, sino que se honraban, y hasta se recompensaban los desórdenes á que experimenta el hombre una inclinación tan imperiosa. Más aun, consagrados por el ejemplo de los dioses, eran en cierto modo obligatorios. Los excesos de la intemperancia y la lujuria

constituían el fondo de los misterios de Baco, de Cibeles y de Venus. Era un acto de religión entregarse públicamente á la prostitución.

III

La idea de una vida futura no venía á acibarar los placeres de la presente. Para la mayor parte de los paganos, morir era volver á la nada. Los más instruídos admitían la transmigración sucesiva de las almas, concluyendo por llegar todas á la dicha. En su tártaro, más ó menos eterno, se castigaban únicamente algunos crímenes monstruosos, que inspiran natural horror á los hombres y que se evitan sin esfuerzo. Los demás desórdenes no cerraban la entrada de los Campos Eliseos.

IV

El culto del paganismo no tenía menos atractivos que el dogma y la moral. Acudían para honrar á sus dioses

á templos grandiosos. Los sacerdotes, magníficamente vestidos, inmolaban víctimas lujosamente adornadas. Jóvenes de ambos sexos, vestidos con largas túnicas blancas y coronados de flores, les servían de ministros.

Los emperadores, los cónsules, los magistrados, los senadores, con los distintivos de su dignidad, realizaban con su presencia el brillo de las ceremonias. El ambiente estaba embalsamado con los agradables perfumes que se quemaban con profusión. Las voces más hermosas y los instrumentos más agradables formaban deliciosos conciertos. A los sacrificios seguían festines, danzas, juegos, combates de gladiadores, iluminaciones y otros espectáculos encantadores. Roma consagraba la mitad del año á estas fiestas religiosas.

V

Añádese á esto, que todo cuanto puede autorizar un culto sostenía á

esta religión tan cómoda. Se la había mamado con la primer leche, se la consideraba como la más preciosa herencia de los antepasados. Creían los pueblos que dependía de ella su dicha; y la consideraban como el fundamento de sus repúblicas y Estados. Les era tan querida, que combatían por su defensa, con más ardor que por su propia vida.

VI

El origen de esta religión se perdía en la noche de los tiempos, creyéndose que empezó con el mundo y tuvo por autores á los mismos dioses. Los más grandes oradores la vengaban de los ultrajes que contra ella se dirigían; las leyes eran igualmente severas, y los jefes del ejército, los conquistadores más orgullosos no se atrevían á partir á sus expediciones sin ir á invocar solemnemente á los dioses, en cuyos templos á su vuelta suspendían los trofeos de sus victorias.

VII

El mundo estaba cubierto de templos llenos de inscripciones, que perpetuaban el recuerdo de los supuestos beneficios de los dioses y el agradecimiento de los pueblos, y tal era la confianza que inspiraban sus oráculos, que nada se emprendía sin consultarles.

Los versos de las Sibilas prometían á Roma que conservaría el cetro del mundo mientras observase las antiguas ceremonias, y por eso Roma mostraba el más ardiente celo en sostener esa religión que la aseguraba tan alto destino.

Véase, pues, hasta qué punto era sólido y parecía inquebrantable el paganismo.

CAPÍTULO VI

Tercera dificultad

ESTABLECER EL CRISTIANISMO

I

Destruir el judaísmo y el paganismo era solamente la primera y menos difícil parte de la empresa. Consistía la segunda en elevar sobre sus ruinas el Cristianismo.

¿Y qué era el Cristianismo? Era la adoración de un Judío crucificado, reemplazando en todos los altares del mundo al eternal Jehová y al gran Júpiter. Era, lo mismo para el judío que para el pagano, el más monstruoso sacrilegio. Era la negación de la razón y la más brillante locura. Para los menos hostiles, el Cristianismo era una religión nueva, absurda, imposible, desacreditada de antemano por el ignominioso suplicio de su Autor y por la obscuridad de sus adeptos.